

Cándida tenía quince años, tres hermanos, un montón de amigos y todo un curso por delante, pero ella quería una moto.

-Con la moto me comería el mundo -dijo muy seria aquella tarde en la cocina. Había esperado el momento de los dibujos para hablar a solas con su madre. Al menos eso pensaba.

-Y sin la moto, también -respondió su madre, mirando asombrada la nevera vacía-. ¿Dónde está el jamón que he comprado esta mañana?

Cándida se hizo la loca. Las preocupaciones le abrían el apetito, no podía evitarlo.

-Te lo habrás dejado en la tienda.

-Imposible; lo he puesto aquí, estoy segura.

-Habrá sido Gustavo.

Gustavo, con trece años, mucha materia gris y pocos kilos, hizo acto de presencia a tiempo para defenderse de la injusta acusación. Llevaba un libro con las páginas arrugadas y hacía muecas para evitar que le resbalasen las gafas, más sucias imposible, nariz abajo.

-No me gusta el jamón -respondió lacónico mientras revolvía la nevera en busca de yogures. Encontró uno caducado y otro natural. -¿No quedan de fresa?

Su madre le dio un manotazo y cerró la nevera de un puntapié.

-¡Fuera!

Cándida estaba molesta por la interrupción: quería hablar a solas con su madre del asunto de la moto. Era un tema demasiado importante para compartirlo con un hermano comeyogures.

-¡Lárgate y sigue leyendo mamotretos, microbio!

Pero Gustavo estaba en un capítulo muy emocionante y necesitaba un aliciente dulce.

-¿Puedo comerme un *petit suisse* de Miguelín?

Miguelín, un mocosito de medio metro que residía habitualmente en el parque, se dio por aludido y comenzó a gimotear desde el comedor.

Cándida estaba negra. Era imposible mantener una conversación familiar seria. En una casa de locos como la suya no había momentos redondos, todos eran cuadrados. ¿Por qué el destino no le había concedido el favor de ser hija única en vez de tener que compartir la mesa, la bañera y la madre con tres especímenes usurpadores?

Lo intentó a la desesperada.

-¡Alicia! ¡Dale el chupete a Miguelín!

Alicia, de ocho años, genial y con genio, estaba ocupada.

-¡Dáselo tú! ¡Estoy viendo los dibujos!

-¡Me comeré tus arañas fritas!

-¡Inténtalo!

Alicia no se dejaba impresionar por las amenazas, pero temía la ira incontenible de Cándida.

Cándida estaba furiosa.

-¿Qué has dicho, enana respondona?

Alicia entró en razón y se levantó del sofá.

-Dictadora asquerosa -murmuró entre dientes.

Cándida, una vez expulsado Gustavo y acallado Miguelín, cerró la puerta de la cocina tras de sí y volvió a la carga. Estaba dispuesta a todo.

-Pronto tendré quince años y soy la mejor del equipo de baloncesto y...

-Y hay más días que longanizas.

-¿Qué quieres decir?

-Que no.

Más claro, el agua. La madre de Cándida tenía la rara virtud de la contundencia. Combinaba magníficamente la persuasión con la rotundidad. Más que una vocación era un arte.

-Mira, Cándida, me parece muy bien que quieras comerte el mundo, pero de momento te lo vas a comer a patita. Si ya andas acelerada sin ruedas, imagínate encima de una moto. Te estrellarías a la primera de cambio. Vamos a esperar a final de curso.

Cándida no sabía cómo tomarlo: como una evasiva, como una promesa formal de negociación futura o como un argumento para el resto de su vida de hija económico-dependiente.

-Y ahora, si quieres ser adulta, ayúdame a poner la mesa y a preparar las cosas para mañana.

Cándida había caído en su propia trampa. Asumir su edad comportaba este tipo de riesgos. Si hablaba más de la cuenta, zas, la cazaban vilmente.

Puso la mesa enojada. No tendrá moto y tampoco sería conocida en el instituto como la novata motorizada.

Suspiró pensando en el instituto, el sueño que había acariciado durante los dos últimos años de EGB. Los quince años, el instituto y la moto: la trilogía perfecta para dejar de ser una *bollicao* y olvidarse de los chicles de fresa.

La trilogía, de momento, nacía coja. Le faltaba la moto, y las esperanzas de conseguirla eran francamente poco alentadoras. Ya no era una niña. De hecho era más alta que su madre, gastaba un cuarenta y tenía tríceps de atleta, eso sin contar con lo del año que la catapultaba a la fama como *protá* de *Quince años tiene mi amor*. ¿Y qué iban a decir sus padres si eran unos carrozas que nacieron allá por la prehistoria? Evidentemente, le faltaban argumentos para conseguir la moto. Aunque en el instituto, a lo mejor algún chico se fijaba en ella precisamente por eso. Por tener quince años. Humm..., y el instituto estaba a tope de chicos de segundo, de tercero, de COU... ¡Qué flipada! Tuvo un mareo. Los chicos de COU le daban mareos, como el alemán del biquini. ¿Estudiaría COU allá, en su país?

De no haber sido por el biquini, no lo habría conocido y habría tenido que aceptar que sus vacaciones habían sido una porquería: un mes en la ciudad vacía, sudando por los cuatro costados y peleándose con sus hermanos, y quince días familiares de costa, playa, tíos y primos.

¡Suerte del biquini!

El día que lo estrenó, el mar estaba revuelto. Ya había pasado una semana de bronceado aburrido y, por cambiar algo, decidió cambiar de biquini. Se lanzó al agua y buceó unos metros, pero de pronto una ola traidora la volteó como una sardina, y al ponerse en pie..., ¡horror!, se dio cuenta de que había perdido la braga del biquini. Rápidamente se sumergió y se alejó de la orilla. ¿Cómo saldría del agua? La playa parecía el metro de la línea cinco en hora punta, y ella estaba muerta de vergüenza.

Entonces lo vio: su biquini flotaba tranquilamente cerca de un grupo de rubios atléticos que hacían el *bestia* encima de un colchón de agua. '¡Eeh!', gritó desesperada. Un rubio auténtico, con la espalda masacrada por el sol, la oyó, la miró, vio el biquini y llegó a la conclusión acertada. En cuatro brazadas la alcanzó con el biquini en la boca y se lo ofreció con una sonrisa.

Descubrió que era alemán.

Durante aquella semana no lo perdió de vista. Procuraba hacerse la encontradiza y, cuando se cruzaban en la playa, él le dedicaba una espléndida sonrisa de complicidad. El último día, precisamente el último..., ¿por qué?, él la tomó de la mano y, por señas, la invitó a un helado de chocolate. Ella, colorada como un pimiento morrón, aceptó. Se lo comieron en silencio porque no se entendían. El alemán soltó cuatro gruñidos de *bulldog*, que sonaban horribles, pero que debían de ser gentilezas, y ella, con gestos de sordomuda, le contestó que se marchaba al día siguiente.

No pasó nada más, y podría haber sido tristísimo, pero era la primera vez que un chico la invitaba a un helado, le sonreía sin pedirle los apuntes de geografía y la miraba con las pupilas fosforescentes.

-¡Cándida, es para ti!

Al otro extremo del hilo telefónico esperaba Natalia Turina, su amiga del alma.

-¡Nati, chati!

-¡Tengo una noticia bomba!

Cándida contuvo la respiración. Natalia disparó la ametralladora.

-¡No nos mandan al instituto!

Cándida no entendió nada de nada. ¿Qué quería decir aquello de que no las mandaban al instituto? ¿Qué las mandaban al geriátrico? ¿Qué lío se traía Natalia?

-Nati, maja, repite, que no computo.

-Pues que los de primero de BUP no cabemos en el instituto y han construido unos barracones para nosotros en un solar. A lo mejor, al año que viene hacen obras y...

Cándida se sentó: era demasiado fuerte para escucharlo de pie.

-¿Me estás diciendo que nos exilian a unos barracones malolientes, con goteras y con vallas electrificadas, como si fuésemos prisioneros de guerra o apestados?

-Yo no he dicho eso. Yo no he hablado ni de goteras, ni de vallas, ni de que oliese mal; eso te lo has inventado tú.

-¿Y cómo quieres que sean si son barracones? Seguro que nos ponen perros en la puerta para que no nos escapemos, y tienen una sirena para localizar a los fugitivos, y...

Cándida no encontró una imagen más dramática para reflejar la triste realidad. Aquélla era su tragedia, la tragedia de una ilusión truncada. Se había desahogado un poco.

-¿Nati?

-¿Qué?

-Es terrible.

-Horrible.

-Monstruoso.

-Injusto.

-No nos los merecíamos.

-Tenemos mala suerte.

-Esto sólo nos pasa a nosotras.

-A lo mejor tenemos chicos nuevos en clase.

-Seguro que son tan esmirriados como los otros.

-Quizá hayan dado un estironcito este verano.

Natalia no estaba en absoluto convencida. Las dos sabían que los niños de su clase no crecían ni por casualidad.

-Tal vez...

Cándida lo dijo por decir algo, sin hacerse ilusiones. Los niños de clase, fuesen altos o bajos, no tenían el más mínimo interés: eran pequeños, descerebrados y estaban llenos de granos.

Hubo un silencio más espeso que un puré de patata. Tan sólo algún suspiro melancólico por aquello que podía haber sido y no sería. Natalia decidió cambiar de tema.

-¿Te compran la moto?

-No.

-A mí tampoco.

-¿Y a Cuca?

-Cuando cumpla los dieciséis.